

Pasajes del ensayo "**Arte y no arte**", págs. 9-15, de *Ángeles y Monstruos*, aparecido como artículo en La Nación el 22/07/1979

*"Admiraré lo que merezca admiración hasta el día de mi muerte, y si fuese el último de mi raza, me diré que después de la noche que me siga en este hemisferio que habito, volverá a nacer el día en alguna parte, y que el hombre con espíritu y corazón seguirá disfrutando la vida a través de esas facultades."*

del diario de Eugène Delacroix, 1/09/1854

La cita de Delacroix, continuador de la tradición goyesca, nos dice con elocuencia que hace más de cien años que el mundo de las artes viene padeciendo los efectos de una crisis de valores empapada de ambigüedad y de dolor.

La capacidad de admirar lo admirable sigue siendo, como lo acota nuestro poeta Fernando Demaría, uno de los pilares sobre los que precisa sustentarse el andamiaje espiritual.

Duele tener que ser perogrullesco para no pecar de oscuro.

En épocas en las que un crítico ha llegado a proponer como premio para la Bienal de Venecia al enfermo que mutiló la Pietà de Miguel Ángel a golpes de martillo, no queda más remedio que hacer hincapié sobre el hecho de que no basta tener capacidad de admiración sino que además debe esta capacidad estar volcada hacia aquello que en verdad acredite ser admirado. Y ese crédito al que hacemos referencia lleva implícito un orden, una jerarquía de valores y un mínimo grado de consenso respecto del criterio que los justiprecia. (...)

¿Quién podrá culpar a un público que, francamente desconcertado, no se atreve por un lado a prestar aprobación a manifestaciones tan descabelladas como las que cité del agresor a la Pietà y por otro, teme pecar de reaccionario y estrecho negando posibilidades expresivas que podrían colocarlo en la incómoda situación de aquellos que negaron validez a manifestaciones artísticas que el tiempo se encargó de consagrar?

¿Dónde está pues el límite a esa libertad expresiva, dónde trazar la línea entre lo que es auténtica manifestación de una nueva sensibilidad artística y lo que no pasa de ser absurda novelería, ajena por completo a la problemática que cada arte debe preservar para seguir siendo tal? (...)

Mantener la vigencia de los géneros es indispensable si es que hemos de preservar la noción clave en torno de la cual gira todo intento de estimación estética. Me refiero, por supuesto, a la calidad. Y es esta noción de calidad la que está directamente relacionada con esa capacidad de admiración cuya cita de Delacroix preside estas meditaciones. Quienes pretenden abolir los géneros, en el fondo, lo que en realidad pretenden es abolir la noción de calidad: "Todo es igual/Nada es mejor..." como dice el tango de Discépolo.

Para fundamentar este nuevo "cambalache" axiológico, sus campeones acuden a la jurisprudencia que, según creen, les otorga el caso del maestro francés Marcel Duchamp (1887-1968). Sabido es que este miembro de la ilustre familia de artistas plásticos, los Duchamp-Villon, fue una de las figuras rectoras del movimiento Dadá durante la época de la primera gran guerra mundial. Famoso desde muy joven por su pintura "Desnudo descendiendo la escalera", Duchamp ingresó al reino de la ironía como actitud de protesta contra toda una situación que le parecía condenable: la excesiva comercialización de la creatividad, el arte como objeto de status, etc. Con fino humor, Duchamp arremetió contra tales despropósitos a través de sus célebres "ready-mades", "art-al-instante". Bastaba atornillar una rueda de bicicleta a un taburete y ya estaba la escultura lista. (...) El gesto, como

no escapará al despierto, tiene validez en función de Duchamp, pero resulta grotesco cuando alguien pretende imitarlo.

Sin caer en tan burda trampa de la imitación, la actitud de Duchamp fue en parte recogida en la década del sesenta por una corriente de artistas creativos, plásticos en sus respectivos puntos de partida, que llevando la ironía de Duchamp a una burla de humor negro en los más de los casos, protagonizaron una serie de "eventos" (*happenings*) donde lo visual surgía a partir de una serie de actuaciones más o menos improvisadas, destinadas a socavar aspectos negativos de la sociedad de consumo.

Hasta aquí no hay motivo de alarma: la pintura sigue siendo pintura, la escultura escultura y el *happening, happening*. Pero he aquí que durante la década del setenta comienzan a escucharse lúgubres anuncios de que las artes tradicionales han muerto (!) Lo que había sido la denuncia de un exquisito pintor primero y luego de un grupo de artistas "pop" para llamar la atención de un público desaprensivo a los males de la época se transforma en una agresión, no contra los males que aquejaban al arte, sino contra el arte mismo. (...) No se sorprenderá el lector si frente a semejante grado de desconcierto nos atrevemos a abordar el tema, y con las energías que nos quedan, tratamos de arrojar un poco de luz entre tanta penumbra.

No es el propósito de estas líneas negar aquello que de válido tienen las diferentes modalidades de las artes, llámense diseño industrial, arte ecológico, arte de sistemas, arte y tecnología o cuantos capítulos más se deseen añadir, adjetivando el fenómeno artístico. Pero sí queremos con firmeza, otorgada por nuestra capacidad de admiración y resultante de una no abdicada tenacidad para percibir la calidad, sostener la plena vigencia y la condición no percedera de las artes tradicionales. Pretendemos, además, en la medida en que preservemos esa noción de la calidad, hacer distingos entre una buena pintura y los balbuceos del pintamonas, entre una elocuente línea que expresa la sabiduría del dibujante y la falta de destreza del improvisado.